

## FRANCO Y LOS ESPAÑOLES

PABLO PÉREZ LÓPEZ,  
Universidad de Valladolid

El tema que nos ocupa es la idea que los españoles han tenido de la vida, sobre todo de la política, entre 1936 y 1975, los años de gobierno y jefatura del Estado del general Franco. Entraña una complejidad importante ya que requiere evocar qué fue el régimen político franquista y cómo fue percibido por sus contemporáneos o los que han vivido después de él, y eso es tanto como superponer dos narraciones: la nuestra, y la de aquellos que estudiamos la idea que se hacían del franquismo.

A esta primera complejidad se añade otra: que el franquismo fue una realidad multiforme. No es lo mismo en 1936 que en 1950 o en 1975. Lo mismo le sucede a nuestros espectadores a la hora de hacerse una idea de esa etapa de nuestra historia: no lo ven igual en un año que en otro. Para terminar de complicarlo hemos de advertir que no todos lo perciben de igual forma. Una cosa es lo que entienden el propio Franco, o su mujer, o los que lo miran con simpatía, y otra lo que entienden sus oponentes políticos o quienes nunca le conocieron personalmente.

Semejante abanico de opciones exige una decisión del historiador antes de comenzar la tarea. La he tomado atento al con-

texto del trabajo: estudios sobre la imagen del franquismo en el cine y la televisión. El cine demanda siempre de los relatos una concreción en personajes. «Los españoles», así, en general, no pueden protagonizar una película. Deben ser este español, o esta española, por más que luego los consideremos ejemplares paradigmáticos de una cierta categoría. En esto, la naturaleza propia del régimen franquista viene en nuestro auxilio. Fue, sobre todo, un régimen de poder personal, así que podemos centrar buena parte de nuestro interés en Franco para entender la imagen de su régimen. En cuanto a la televisión, ha sido el medio que se ha ido convirtiendo en dominante. Aparecida casi exactamente en el ecuador del franquismo, la pequeña pantalla concentra la audiencia más amplia de los medios de comunicación. Ni la prensa escrita, ni la radio ni Internet han tenido nunca tanta penetración como la televisión. La televisión tiene que ver con lo predominante, con lo masivo, con lo no particular o no minoritario.

Por último, debemos acotar periodos. En esto vuelve a mandar la cronología del protagonista desaparecido de esta historia, Franco. Fijándonos en él podemos establecer los siguientes: antes de la guerra civil, durante la guerra civil, desde la guerra civil hasta su fallecimiento, y después de éste. Evidentemente, los más densos son los dos últimos, pero los dos primeros constituyen contrapuntos de indudable interés para el conjunto.

## 1. Franco antes de la guerra civil

Francisco Franco nació en 1892 en una familia de marinos de guerra que vivía en un barrio que era casi un gueto militar en Ferrol. No tuvo suerte ni con su tiempo ni con su padre. Cuando Franco alcanzaba el uso de razón en 1898 y despertaban sus ilusiones infantiles, la flota española sufrió una severa derrota y quedó seriamente disminuida. La carrera de las armas

navales se le puso difícil y el tiempo demostraría que se le cerró. Su padre —esto fue más grave y le marcó todavía más—, abandonó a su madre y a la familia. El joven Francisco Franco se enfrentó así, como adolescente, a un futuro adverso que encaró con una voluntad de superación, de demostrar su valía.

Cerrada para él la carrera naval, emprendió la del ejército de tierra. Ingresó a los quince años en la Academia de Infantería donde debió abrirse camino entre compañeros muchas veces mejor dotados que él, al menos en lo físico, tan importante para la vida militar. Su vida había venido a ser una continua competición en desventaja. Al terminar su estancia en la Academia pidió un destino en Marruecos, el más arriesgado, la mayor puesta a prueba. La superó, demostró valor y capacidad de mando que le ganó el respeto de sus hombres. Allí llegaron también los ascensos por méritos de guerra, y la herida más grave de su carrera que le colocó al borde de la muerte en 1916. De esta forma, en plena Primera Guerra Mundial, Franco estuvo a punto de morir en una acción bélica secundaria de un país neutral. Ese trance de muerte fue también la última ocasión en que sus padres volvieron a verse.

Vuelto a la península como comandante, pidió de nuevo destino en África, esta vez en un cuerpo recién creado: la Legión extranjera. En ella vivió el desastre de Annual, tras el que cobró fama por su participación en la defensa de Melilla.

En 1923 se casó con la asturiana Carmen Polo. La prensa hablaba ya de él. Un semanario publicó un reportaje sobre el enlace con el título «Las boda de un heroico caudillo». En aquellos años, cuando la liga de fútbol u otras competiciones deportivas no tenían tanto eco como ahora, la vida de los jefes militares tenía el aura que hoy rodea a la de ciertos deportistas. Cuando la joven pareja volvió de vacaciones en 1926 a Asturias, la prensa volvió a calificarlo de caudillo. Vale la pena retener que el título no tenía significación política alguna, y que se le aplicó mucho antes de que los fascismos pusieran de moda

términos como *führer* o *duce*, y de que él tuviera ambición política alguna<sup>1</sup>.

1926 fue, por cierto, un gran año para el joven militar: nació su primera hija y él fue promovido al empleo de general a los treinta y tres años. Era el más joven de Europa con esa graduación. La República francesa, por su parte, le otorgó la Legión de Honor. No cabía duda: se había convertido en el militar de moda.

Su siguiente gran logro tuvo que ver con una empresa educativa: la creación de la Academia General Militar de Zaragoza. Para proyectarla y ponerla en marcha visitó las escuelas militares alemanas y francesas. Fue el primer director de la nueva Academia, el modernizador de la formación en el Ejército español.

Cuando llegó la República y cerró ese centro de instrucción militar Franco lo sintió, pero no protestó. Quizá le doliera más la marcha del rey Alfonso XIII, que había sido su padrino de boda y le había demostrado un particular afecto. Pese a su silencio, para algunos republicanos el general Franco resultaba sospechoso. Fue puesto bajo vigilancia policial. Pero el militar conquistó la confianza de los políticos: no participó en la intona golpista de 1932 ni defendió a Sanjurjo. Manuel Azaña, ministro de Defensa, lo recuperó como gobernador militar de las Baleares.

En 1934 ascendió a general de división. De vuelta de unas maniobras le sorprendió en Madrid el golpe de estado revolucionario promovido por la izquierda. Desde la capital asesoró la represión del movimiento en Asturias. En algunas decisiones tomadas entonces demostró una dureza extrema: el miedo a una revolución bolchevique le había endurecido. El ministro de defensa, Gil Robles, impresionado por su eficacia, le nom-

<sup>1</sup> BENNASSAR, B., *Franco*, Madrid, Edaf, 1996. PRESTON, Paul, *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 1994, pág. 65.

bró Alto comisario en Marruecos y luego Jefe del Estado Mayor. Había llegado a lo más alto del ámbito de decisión militar, lindando ya el territorio de la política.

## 2. Franco durante la guerra

La sublevación militar de julio de 1936 no puede ser calificada de franquista. Franco, que había sido destinado a Canarias, en una especie de destierro, se resistió a las presiones de los conspiradores, encabezados por el general Mola, para que se uniera a ellos. Sólo decidió hacerlo después del asesinato de José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936. Su adhesión era clave para guiar al Ejército en África, en el que gozaba de enorme prestigio.

La sublevación tampoco puede ser considerada un golpe mortal contra un inocente régimen democrático. A esas alturas la Segunda República española era un régimen en estado de insurrección crónica, casi permanente. La prensa estaba sometida a una censura muy fuerte, y la vida política prácticamente en quiebra. El vacío de poder iba siendo ocupado por la violencia. El golpe revolucionario y el contrarrevolucionario eran al mismo tiempo esperados y temidos, a veces por las mismas personas. El golpe del 18 de julio desencadenó revoluciones que adquirieron una dimensión inesperada. Los gobiernos no reaccionaron o lo hicieron tarde o mal. Nadie paró el golpe, seguramente porque estaban convencidos de que lo dominarían sin dificultad por su escaso éxito: sólo 4 generales de 21 se habían unido a él. Pero nadie paró tampoco la revolución, es más se facilitó desde el gobierno y se permitió que se adueñara de la calle. El resultado fue el final de cualquier orden político y el deslizamiento vertiginoso hacia una sangrienta Guerra Civil.

Franco confirmó con motivo del golpe algo que estaba ya en su leyenda: su *baraka*, su buena suerte. Cuando debió atravesar el estrecho con las tropas rebeldes de África lo consiguió

en una arriesgada operación que se benefició de la revolución interna en la Marina gubernamental que anuló la capacidad de ésta para bloquear el estrecho. El hombre que debía ponerse al frente de los sublevados, Sanjurjo, murió en un accidente de avión cuando pretendía volar hacia España. A partir de ahí comenzó una nueva etapa en la vida del general.

Franco comenzó a usar muy hábilmente los medios de comunicación. Suele decirse que Napoleón fue el primero en hacer algo parecido en el mundo contemporáneo, consciente de la importancia de engrandecer su imagen entre sus hombres para dotar de mayor fuerza a su ejército. Franco procedía también así, pero ahora comenzó a hacerlo fuera del medio militar: manejó la prensa y los medios de comunicación para fortalecer su imagen y generar confianza, elemento básico para el triunfo de su estrategia. Además se dio prisa en establecer relaciones con el exterior, lo cual contribuyó igualmente a destacarlo entre los demás sublevados.

Las primeras semanas tras el golpe fueron muy intensas. Franco, en cuanto detectó la inviabilidad de cualquier negociación y el hundimiento del poder político en la República, se concentró en la tarea de hacerse con ese poder entre los sublevados. Se mostró calculador, hábil en el uso de triquiñuelas para evitar cualquier limitación, y consiguió ser nombrado generalísimo y Jefe del Estado por la Junta Militar. El tiempo iba a demostrar lo difícil que resultaba expulsarlo de las posiciones que había tomado.

Situado en la cima del poder militar, en la práctica apenas tenía poder político: no había nada que gobernar salvo que él lo inventara. Y lo hizo. Para conseguirlo se cuidó de identificarse, en primer lugar, con las fuerzas que habían impulsado el levantamiento popular surgido en apoyo del militar. Para muchos la reivindicación de los derechos de los católicos, maltratados por la República y ahora perseguidos por la revolución, era un punto esencial. Franco, antes frío en lo religioso, se presentó como defensor de la religión. Otros querían pura y simplemente orden, en lo que coin-

cidían con el punto de partida del propio golpe. También ante estos se presentó Franco como su campeón del orden. Ahora bien, la política consiste en negociar el tipo de orden que estará vigente, y ahí Franco se cuidó de bloquear a los competidores. En unos pocos meses decretó la disolución de las milicias de los partidos o su completa sujeción a las autoridades militares, y fusionó todas las fuerzas políticas derechistas en una sola, una amalgama imposible llamada Falange Española Tradicionalista y de las JONS encabezada, claro está, por él. Algunos jefes políticos derechistas protestaron, incluso se sublevaron, y supieron entonces con qué rigor estaba dispuesto a castigar el nuevo jefe la disensión. Los otros generales veían con asombro y a veces con desprecio cómo su colega desplegaba un descarado afán de controlarlo todo.

Otro efecto de la guerra amplificado por la manera de hacer de Franco fue la división de España en dos, confirmada por la propaganda que las nombró, en el lado franquista de forma inequívoca: de una parte la España auténtica, y de otra la anti España. Es más, en la retórica de Franco y del régimen apareció la alusión a una España eterna, casi intemporal, que era la que Franco encarnaba. En realidad se estaba refiriendo a la idea que él tenía de la historia de España como nación tradicionalmente católica forjada en una épica de defensa del bien y la verdadera religión, conquistadora de nuevas tierras, hidalga y caballeresca. Su quintaesencia era la España de los Reyes Católicos. En esa lucha por hacer el bien España había chocado siempre con enemigos, el último era, en la mente de Franco, esa anti España que había amenazado con destruir desde dentro el gran proyecto que Franco quería salvar y ahora lideraba. Es curioso que este hombre, tan antiliberal en sus declaraciones, fuera tan fiel en sus líneas maestras a la interpretación liberal de la historia española<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Cfr. la caracterización del discurso histórico liberal en PELLISTRANDI, B., *Un discours national? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004.



Para conseguirlo debió formar equipos de hombres que le asistieran en la tarea, y también en esto demostró gran capacidad de acierto. El general no era muy culto ni brillante, pero sabía conocer a la gente, y también manipularla, y no dudaba en hacerlo. Cuando el trabajo de ganar la guerra iba avanzado formó su primer gobierno, en enero de 1938, manifestando su designio de construir una nueva política que fuera más allá de la guerra. La ambigüedad del momento podía hacer que algunos pensaran que eran medidas pensadas para mientras durara el conflicto. Se equivocaban. Todo parece indicar que Franco estaba ya pensando en construir un nuevo Estado.

Con todo, lo más importante de la guerra fue que en ella Franco dejó de ser un caudillo se convirtió en *El Caudillo*, así, con artículo determinado y mayúscula. Y más, se convirtió en el Caudillo de la victoria o, como gustaba decir su propia propaganda, amiga de epítetos y retórica ampulosa, en el invicto Caudillo. La sublevación de 1936 era el glorioso Movimiento nacional y él era su invicto Caudillo. Los años se contaban como triunfales ¡desde el momento del levantamiento, sin esperar a la victoria que se dio por descontada! Otra vez crear confianza.

También en esto tuvo suerte. En 1938 Hitler estuvo a punto de provocar una guerra en Europa. Los mercados la dieron por hecha. Pero triunfó el espíritu de apaciguamiento y los acuerdos de Munich le concedieron un tiempo que para Franco resultó precioso: el necesario para vencer en los campos de batalla<sup>3</sup>.

Un bien preparado aparato de control de la prensa y la radio ponía la música de fondo al ascenso triunfal de Franco hacia la victoria. Para todos los que han leído la prensa de la época frases como «la multitud, delirante, aclamó entusiasta al Caudillo», son un lugar común. Ciertamente Franco aprovechaba un fuerte viento a favor: la gente quería creer en la victoria tras

años de lucha sangrienta y desgaste, querían alcanzar la anhelada paz y recuperar, de una vez, una vida serena tras años de conflictos. Franco se presentó ante ellos como el Caudillo de la paz, y como tal fue aceptado. Ciertamente, los derrotados tenían exactamente la visión contraria: él era el gran opresor. Pero habían sido derrotados. Para ellos no había esperanza.

### 3. Después de la guerra civil: el franquismo

#### *El primer franquismo (1939-1957)*

Desde octubre de 1936 Franco se había proclamado Jefe del Estado, en virtud de un acuerdo que otros generales habían aceptado para el tiempo que durara la guerra. Ese límite temporal no apareció en el decreto de nombramiento. El final de la guerra confirmó que Franco no tenía intención de dejar el poder, aunque tampoco decía si pensaba conservarlo. El Caudillo victorioso se disponía a administrar la victoria, y lo hizo con la dureza que había mostrado en ocasiones anteriores.

En primer lugar, la rendición del enemigo de armas debió ser incondicional. No hubo negociación<sup>4</sup>. Era la consecuencia política de su idea del conflicto que se vivía, enfrentando la España auténtica, con la que él se identificaba, y la antiespaña. Entre contrarios no cabe negociación, sólo exclusión mutua. Esa rendición incondicional proporcionaba una dimensión casi absoluta a la victoria, que era el gran éxito perseguido durante tres años de dura guerra. Es comprensible el alivio con que el final de la contienda fue recibido por casi todos, con la excepción lógica de los derrotados más significados, especialmente los exiliados y encarcelados. Para todos los demás, y eran la aplastante

<sup>3</sup> FERGUSON, N., *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*, Debate, Madrid, 2007, págs. 443-456.

<sup>4</sup> BAHAMONDE MAGRO, Á., CERVERA GIL, J., *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2000.

mayoría, sólo con dejar atrás la guerra se alcanzaba ya un gran éxito. Franco se cuidó de monopolizar la imagen de Caudillo victorioso y de simbolizar lo contrario de la guerra: la paz alcanzada con su final. La propaganda tenía el camino allanado para conseguir difundir esta imagen, y se empleó a fondo en hacerlo.

La primera tarea del nuevo Estado nacido de la guerra, ahora sí propiamente franquista, era la de unificar una España rota en mil pedazos, reunir al pueblo, fortalecer su conciencia de pertenecer a una entidad común. Casi todo lo que se lee en la prensa de la época o se puede rastrear de su vida cultural apunta a esto. Es fácil entender que fuera bien recibido. Todos estaban de alguna manera esperando que terminaran los enfrentamientos y se recuperara una cierta unidad. Ver que se lograba era casi un sueño, y Franco se encargó de encarnarlo. Él era el artífice de una España unida, libre y grande. Los que estuvieran con él podrían disfrutarla.

En la vida pública se presentaba a los que quedaban fuera del proyecto como merecedores de su exilio o su castigo: enemigos que debían purgar su culpa. La anti España debía ser expulsada, la verdadera España depurada y reunida.

Ciertamente, no todos en el bando vencedor estaban de acuerdo con cómo se estaba procediendo, con la dureza de los castigos a los adversarios políticos y a los derrotados, por ejemplo. Un caso llamativo fue la publicación de la carta pastoral del Cardenal arzobispo de Toledo, Isidro Gomá, titulada «Lecciones de la guerra y deberes de la paz», de octubre de 1939, en la que llamaba a la generosidad y el perdón para alcanzar la reconciliación, y advertía que identificar la fuerza de un país con la de su Estado era propio del materialismo. La reacción del poder político fue censurar la pastoral: no apareció en ningún medio, salvo en los boletines diocesanos, eximidos de censura. Los obispos protestaron pero sirvió de poco, tuvieron que limitarse a tomar nota. El Vaticano reaccionó con preocupación. El régimen

que Franco estaba implantando se parecía mucho al fascista italiano y mantenía lazos de amistad con el nazi alemán. El resultado fue una situación de creciente tensión entre el Vaticano y Madrid que condujo a un resultado paradójico: no se nombró ningún obispo en España hasta diciembre de 1942.

Es una paradoja digna de reparar en ella. El régimen que se declaraba católico confesional, y lo era, tardó casi cuatro años en llegar a un acuerdo con el Vaticano para nombrar obispos. Y esto lo hacían quienes habían contado y contaban con apoyo popular en buena medida por su defensa de la libertad de los católicos. El caso es muestra de la tensión entre dos derivas, una de corte fascista y otra de matriz religioso tradicional, que se oponían entonces. La segunda fue responsable de que no se impusiera la primera<sup>5</sup>.

Desde nuestro punto de vista, lo más interesante es que, pese a esas dificultades, el control de los medios de comunicación permitía que la opinión no pudiera conocer estos asuntos en profundidad ni debatir estas contradicciones. Eran cosas del poder y se gestionaban en círculos muy restringidos. Cuando la tensión llegaba al enfrentamiento, como ocurrió también con el arzobispo de Sevilla, el Cardenal Segura, se procuraba y conseguía que no trascendiera del ámbito local y se buscaba una transacción satisfactoria.

Lo mismo ocurrió cuando algunos monárquicos se manifestaron impacientes por la restauración de la monarquía: sus protestas fueron acalladas y algunos de ellos represaliados. Otro tanto cabe decir de los generales que se atrevieron a aconsejar un cambio de rumbo político, o la renuncia de Franco al poder: fueron reconducidos o privados de sus cargos. Y todo esto sucedía sin que trascendiera al gran público. Para el co-

---

<sup>5</sup> Un análisis detallado del problema en REDONDO, G., Política, cultura y sociedad en la España de Franco. 1939-1975, tomo I, La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947), Pamplona, Euns, 1999, págs. 174-188.

mún de los españoles, España seguía gobernada con mano sabia por el glorioso Caudillo, que velaba por la paz y seguridad de todos.

Esta fue otra cuestión clave, la de la paz en tiempo de la Segunda Guerra Mundial, y de nuevo aquí Franco consiguió convertirse en el protagonista de la salvaguarda de la neutralidad española en ese tiempo. Las investigaciones posteriores han demostrado que probablemente no fue siempre esa su intención, pero como fue un hecho —España nunca entró en la guerra—, como tal fue presentado, y así quedó para la opinión pública.

La imagen interna de las relaciones exteriores españolas fue a veces difícil de explicar: ¿Cómo decir a los españoles que sus aliados contra el comunismo, la Alemania de Hitler, había pactado con la Unión Soviética de Stalin, como ocurrió en el verano de 1939? ¿Cómo hablar de la invasión de Polonia, un país católico, por Alemania y la URSS como aliadas? La lectura de la prensa censurada de esos años muestra ejemplos de explicaciones inverosímiles y razonamientos alambicados, que se contradijeron más de una vez. Había, no obstante, un núcleo que se mantenía intacto: se había luchado por España y por su catolicismo, por Dios, se decía literalmente, y se continuaba en esa línea. Cualesquiera otras motivaciones estaban equivocadas si contradecían la propia. En todo caso, cuando cayó el régimen de Mussolini, o cuando Hitler fue derrotado, se dejó de felicitarlos en la prensa por su cumpleaños y se explicó que, en realidad, España, la España de Franco, era fundamentalmente católica y anticomunista, y que eso no iba a dejar de serlo. A pesar de la espectacular victoria comunista en la Segunda Guerra Mundial.

Los españoles supieron tras la guerra que habían sido excluidos de la nueva Organización de Naciones Unidas y que Francia había cerrado las fronteras. Franco y su propaganda presentaron esos hechos como un desafío a su capacidad de mantener el rumbo. La reacción popular fue de apoyo, en gran

medida sincero y espontáneo, al régimen y su Caudillo. Al fin y al cabo esas eran las principales razones por las que muchos habían combatido en la guerra y, además, la impresión de intento de oposición externa bastaba para fomentar en algunos un espíritu de resistencia numantina propio de la idiosincrasia hispana.

Además, las abundantes dificultades en la vida cotidiana, el hambre sobre todo, y también el frío, la pobreza, en una palabra, mantenían a la población alejada de veleidades políticas y atenta a la supervivencia. Pensar en que se sublevarían contra su sometimiento político, como imaginaron los comunistas con su fallida invasión de España por el valle de Arán, era olvidar que habían conocido los frutos amargos de levantamientos y revoluciones muy pocos años antes. Los españoles de los años cuarenta no querían más promesas, preferían los hechos aunque fueran duros de aceptar.

La evolución de los años siguientes parece confirmar esta hipótesis. En efecto, cuando la Guerra Fría y la agresividad comunista modificaron el panorama internacional a partir de finales de los cuarenta, España comenzó a abrirse camino en el panorama internacional. Franco podía presentarse como quien había comprendido antes que los demás que el verdadero peligro era el comunismo. «El centinela de Occidente» le llamó sin sonrojo su propaganda. La represión política de posguerra hacía tiempo que había terminado. Poco a poco el régimen de Franco comenzó a ser aceptado de hecho en el mundo de las relaciones internacionales. Al fin y al cabo dictadura era también Portugal y lo eran los países del centro y Este de Europa; no había razón para no reconocerle legitimidad. Pues bien, justamente cuando la aceptación internacional se hizo creciente y general, y cuando la recuperación económica, aunque tímida, empezó a ser un hecho, la disensión interna adquirió cierta relevancia: aparecieron las primeras huelgas —clandestinas, claro— y se produjeron los primeros altercados políticos de resonancia



pública entre los hombres del régimen, como en 1956. Se estaba entrando en una nueva etapa.

### *Los años del desarrollo*

Veinte años después de terminada la guerra, Franco y su régimen eran un hecho admitido, por lo menos, como estable. La visita del presidente norteamericano Dwight Eisenhower a España, la primera en su género, se convirtió en un símbolo de reconocimiento. Hay algunos hechos más de ese mismo año que parecen conferir a 1959 un carácter simbólico. En abril se inauguró la basílica excavada en el Valle de los Caídos, que se entendía como un monumento a todos los muertos en la guerra, de uno y otro bando, y una súplica a Dios por su reconciliación. Y en febrero se retransmitió por primera vez por televisión un partido de fútbol. Como es fácil adivinar, fue un Real Madrid-Barcelona (ganó el Real Madrid 1-0).

Franco aparecía ya como el indiscutible Jefe del Estado, además de como Caudillo, y se enfrentaba ahora a un nuevo desafío. A la altura de finales de los años cincuenta el desarrollo económico del mundo occidental había adquirido una dimensión que algunos calificaban de milagrosa —caso de Alemania— o gloriosa —caso de Francia—. Al mismo tiempo que los europeos perdían o se desprendían de sus imperios coloniales, sus economías se fortalecían y seguían la estela de bienestar y sociedad de consumo marcada por el modelo norteamericano. Para reforzar esa tendencia habían nacido en 1957 las Comunidades Europeas y su Mercado Común. La situación española a este respecto era difícil. Estaba claro que de no tomarse medidas, urgentemente, España quedaría sumida en un retraso probablemente insuperable. Urgía, por eso, una modernización económica.

Los últimos años cincuenta fueron el momento en que se adoptaron las medidas para conseguir esa modernización. Franco inicialmente estaba contra ellas: no las entendía. Su intenso nacio-

nalismo y sus elementales conceptos económicos le mantenían apegado a las propuestas autárquicas, que habían demostrado ya su fracaso. Terminó por aceptar las sugerencias de sus asesores y, cuando las medidas tuvieron éxito, no dudó en presentarse como el paladín de la modernización económica.

El cambio de España en los años sesenta fue enorme, el más acelerado de todos los que se produjeron en Europa y uno de los más rápidos que se vivieron en el mundo. Sólo Japón vivió tasas de crecimiento económico mayores que las de España. Y eso cambió el país, cambió su modo de vida material, que no es poco, generando transformaciones en los modos de vida que desplazaron hábitos de raigambre secular. Así fue como un régimen extremadamente conservador y tradicionalista introdujo los cambios más intensos en la historia contemporánea española. No queda más remedio que dar algunas cifras: la proporción del presupuesto de los hogares destinado a comida cayó de un 55 por ciento en 1958, a un 44,7 por ciento en 1964 y a un 38 por ciento en 1973. Además, bajó el gasto en cereales y aumentó la compra de carnes. Si hablamos de consumo, el cambio fue todavía más impresionante. En 1960 sólo el 1 por ciento de los hogares tenían televisión, en 1975 la tenían el 85 por ciento. Igualmente los que tenían frigorífico eran un 1 por ciento en 1960, y un 66 por ciento en 1971. En definitiva, como apuntan los historiadores de la economía, en estos años España ingresó en el Primer Mundo y en el exclusivo club de los países con una renta por habitante superior a los 2.000 dólares. Si se compara con los países de su entorno el éxito llama más la atención. Los griegos tenían una renta per cápita que era la mitad de la española, los yugoslavos, con una dictadura comunista, teóricamente más «innovadora y abierta» que las demás, estaban mucho peor; sólo Italia superaba en riqueza a España<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> TOWNSON, N., «La dictadura de Franco: ¿la España diferente?», en *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 2010, págs. 199-242.



Un cambio de este género era perceptible a simple vista y experimentado por todas las capas sociales. Fue la gran transformación económica de España, y los españoles la identificaron con Franco. No sólo con él, ciertamente, a esas alturas la mirada española se dirigía ya a Europa occidental, que se consideraba el modelo y el marco de integración propio de España, incluso por parte de los políticos y del propio Franco, aunque mantuvieran que nuestro país debía seguir un camino peculiar. Por eso se vio lógico solicitar el ingreso en el Mercado Común europeo.

Culturalmente, por otra parte, el modelo de vida que se ofrecía a los españoles poco tenía que ver con los referentes teóricos del régimen: la España de los Reyes Católicos, la de los místicos del Siglo de Oro y la de los aguerridos héroes de la conquista de América o de la resistencia al protestantismo. Los héroes eran los de las pantallas, la grande y la pequeña, y estaban fabricados en los Estados Unidos. La sociedad consumista exaltaba el bienestar y no el esfuerzo heroico. El progreso económico iba acompañado de la difusión de una mentalidad cada vez más materialista en la que el tener parecía el único valor de consideración. La religiosidad y los valores espirituales retrocedían, todavía poco a poco, como consecuencia de la imposición de ese pragmatismo. Y había algo todavía más importante: España dejó de ser un país rural. La emigración a las ciudades se convirtió en un fenómeno masivo, y el modo de vida urbano cambió hábitos y mentalidades en el plazo de una generación. *La ciudad no es para mí*, de Pedro Lazaga y Paco Martínez Soria en 1966, ha quedado en las filmotecas como un monumento a la ironía sobre el cambio que vivían los españoles y su reflejo generacional. Y, ya que hablamos de cine, mencionemos otro indicio significativo de los cambios. En los cincuenta el gran éxito del cine español fue *¿Dónde vas Alfonso XII?* (Luis César Amadori, 1958), en los sesenta lo fue la comedia *No desearás al vecino de quinto* (Tito Fernández, 1970), que se convir-

tió en la película española más vista de la historia al superar *La ciudad no es para mí*. El récord de taquilla que estableció no fue superado hasta 2001 por *Torrente 2. Misión en Marbella* (Santiago Segura).

Pero volvamos a los sesenta. Algunos autores sostienen que el régimen de Franco aunque introdujera enormes cambios en ámbitos como el económico, no cambió en su esencia política. Los hechos apuntan a lo contrario: cambió también políticamente. Una de las novedades más señaladas en los sesenta fue la Ley de Asociaciones de 1964, que pretendía abrir cauces a la movilización y a la opinión popular, de una forma todo lo limitada y tímida que se quiera, pero no inexistente. De hecho sirvió de cauce para iniciativas ciudadanas que prepararon la aparición de los partidos políticos en la transición. Otra gran novedad fue la Ley de Prensa de 1966 conocida como Ley Fraga por el entonces ministro de Información y Turismo. El escaso cauce que la norma abrió a la libertad de expresión fue ampliándose poco a poco por la vía de hecho, y permitió un intercambio de opiniones entre los españoles, sobre todo entre los más activos e instruidos, que puso las bases de la vida política democrática, lugar al que abocaba indudablemente el ejercicio de la libertad de opinión<sup>7</sup>.

Hablando de cultura, el cambio en la formación de los españoles fue también importante. La tasa de analfabetismo española era de un 32,4 por ciento en 1930, en 1940, a comienzos de la época de Franco, del 23,1 por ciento, en 1960 del 12,1 y en 1970 del 8,8. Si se mira el estrato superior de la enseñanza la transformación es también radical. En los cuarenta los estudiantes universitarios en España eran del orden de los 30.000, en 1961, 64.000, y en 1975 unos 325.000. Se precisa poco estudio

<sup>7</sup> CHULIÁ, E., *El poder y la palabra, Prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Uned, Biblioteca Nueva, 2000.

para concluir que en términos culturales el país había cambiado de forma intensa. Inevitablemente esa colección de transformaciones tuvo repercusiones enormes en la vida pública, efectos que se hicieron patentes en los últimos años del régimen.

### *El tardofranquismo o la pretransición*

Cabe resumir cómo era percibido el franquismo en los últimos años sesenta y en los primeros setenta con una fórmula muy breve: algo del pasado. Ciertamente Franco seguía en el poder, el régimen seguía imponiendo sus reglas, e incluso la represión se redució en algunos ambientes y momentos, pero ni los que trabajaban dentro del régimen ni los que se oponían a él consideraban que pudiera durar. Todos percibían que no tenía futuro. De hecho se consideraba que tenía un plazo fijo de desaparición, de fecha desconocida: la muerte de Franco, a la que se aludía, con eufemismo muy de la época denominándola «el hecho biológico». Cuando se produjera, las cosas cambiarían.

Franco había decidido acerca de su sucesión de forma tardía, en 1969, con el nombramiento del príncipe Juan Carlos de Borbón para la ocupación de la Jefatura del Estado cuando él la abandonara. Tal cosa debía hacerse dentro de las Leyes Fundamentales del régimen, de su Constitución, pero quienes estaban activos en la vida pública habían empezado ya a estudiar cómo cabría modificar esa Constitución para transformarla en otra de carácter democrático, homologable a la de los vecinos con ese tipo de regímenes.

No obstante el camino hacia ese cambio estuvo plagado de dificultades, contratiempos que provenían de una parte del régimen mismo y de su rigidez, incompatible con la movilidad que los cambios habían generado, y también de la dificultad que suponía aunar elementos tan diferentes como los colocados bajo la etiqueta común del antifranquismo.

Ahora bien, antes de seguir adelante, conviene evocar un hecho para no equivocar la percepción que se tenía en España de la situación. «Cuando la inteligente militante del Partido Comunista Italiano Rossana Rossandra visitó clandestinamente España en 1962 ni vio la descomposición del franquismo que se anticipaba (en los círculos comunistas) ni situación revolucionaria alguna; al contrario, encontró una sociedad profundamente despolitizada y una oposición clandestina que se alimentaba de sus propias fantasías: «No era una sociedad política silenciada», recordaría después, «sino aparentemente una sociedad no política; no amordazada, sino vacía o dotada de otros lenguajes.»<sup>8</sup> Nadie pensaba en hacer una revolución para echar a Franco. Bajo su gobierno habían mejorado suficiente como para arriesgarse a perderlo en una aventura de más que incierto futuro. Así pues, hablaremos de antifranquismo, y de oposición, pero sin olvidar que se trataba de posiciones minoritarias, de grupos reducidos o reducidísimos, que no consiguieron en ningún caso movilizaciones de entidad suficiente para poner en peligro al régimen.

En primer lugar, la Iglesia católica. A mediados de los sesenta, tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia ya no entendía conveniente promover o apoyar regímenes católicos confesionales, como el de Franco, sino garantizar jurídicamente la libertad de la Iglesia con las menores ataduras políticas posibles. Tal postura, consecuencia de la experiencia del siglo y de la reflexión teológica sobre la cuestión, privaba de uno de sus apoyos al régimen de Franco y ponía de manifiesto una de sus características más negativas: su rigidez ideológica, su incapacidad para adaptarse a ciertos cambios históricos, y por eso mismo su deficiente interpretación de la historia. Lo que para la Iglesia era una consecuencia lógica de un nuevo estado de cosas, para el régimen de Franco,

<sup>8</sup> FUSI, J. P., *Franco. Autoritarismo y poder personal*, pág. 148.



y para Franco mismo, era inconcebible y una especie de traición. Tanto había hablado de una España eterna, la suya, que finalmente había creído que existía. Pero era la eternidad de la inmovilidad, no la de la perfecta armonía. La eternidad de lo inerte, en cierta forma. Esto condujo a una falta de entendimiento con el Vaticano que provocó serio disgusto en Franco y también en las autoridades eclesiásticas, incluido el Papa Pablo VI<sup>9</sup>.

De otra parte, las modas del momento atrajeron a un número importante de clérigos o militantes católicos a las doctrinas marxistas, en una especie de traslación de ilusiones mesiánicas. Era una teología de la liberación sin mucho fondo, que se alimentaba de la torpe limitación de las libertades por el régimen. El resultado fue el crecimiento del militantismo antifranquista en sectores eclesiásticos y también una nueva politización del mundo clerical.

Uno de los ámbitos en que esto se notó antes fue el del apostolado especializado con obreros. Ahí precisamente, en uno de los pocos ámbitos de libertad permitidos por el régimen en los movimientos parasindicales, echaron las raíces los sindicatos ajenos al régimen, ahí nacieron las Comisiones Obreras que darían lugar a un sindicato muy pronto colonizado por los comunistas. Era todo un síntoma del alejamiento de los trabajadores de la doctrina sindical oficial, y también del interés político que revestía trabajar en ese ámbito. Cuando la conflictividad laboral se hizo creciente, a fines de los sesenta y, sobre todo, en los primeros setenta, con motivo de la crisis del petróleo, la influencia en el ámbito sindical de los movimientos de oposición era muy clara, dominante.

Otro ámbito de oposición muy visible fue el estudiantil. La España de Franco no fue excepción en esto. El movimiento estudiantil que conmocionó Europa y Estados Unidos en torno a 1968

<sup>9</sup> Una perspectiva interesante de este aspecto en MEER LECHAMARZO, F. de, *Antonio Garrigues embajador ante Pablo VI. Un hombre de concordia en la tormenta (1964-1972)*, Cizur Menor, Thomson - Aranzadi, 2007.

también sacudió nuestro país. Su signo distintivo aquí fue, precisamente, su antifranquismo, que era generacionalmente casi una necesidad biológica entre los universitarios de aquellos años. En esos movimientos de aula, asamblea y manifestación dieron sus primeros pasos algunos de los que serían luego líderes políticos pocos años más adelante. Para ellos el franquismo era un reto y también la oportunidad de empeñarse en hacer un mundo mejor. Era, como decía alguna canción protesta, la estaca que había que derribar.

Otro elemento presente en buena parte de Europa, y fuera de ella, en estos años, fue el terrorismo político. España también tuvo el suyo. El más duro y conocido fue el que arraigó en el País Vasco de la mano de ETA. No era un fenómeno antifranquista solamente, era primariamente un movimiento terrorista como tantos otros, es decir convencido de que la utilización de la violencia y el terror conducían a la mejora de la situación política, es más, eran un camino que no podía dejar de recorrerse. La forma en que el régimen reaccionó contra él, con una dura represión, probablemente le ayudó a fortalecerse. Además, las condenas a penas de muerte de algunos terroristas que levantaron una oleada de protestas internacionales, parecieron devolver al régimen a su situación de aislamiento y desprestigio de los primeros años.

Pensar que el franquismo era por entonces un régimen sangriento y esencialmente represivo sería equivocarse. En España se dictaban por entonces menos penas de muerte que en los Estados Unidos, por no hablar de las dictaduras comunistas, y la represión política era en términos estadísticos un fenómeno residual y limitado. La mayor parte de los españoles convivían con el régimen como con una realidad anacrónica sin sentirse especialmente limitados en sus derechos fundamentales, salvo las cuestiones de movilización política, que importaban sólo a unos pocos.

No obstante, la sensación de que el régimen estaba en sus últimos momentos era también común. Casi todos daban por



hecho que vendría otra cosa tras la muerte de Franco. Y en efecto, así sucedió.

#### 4. Después de la muerte de Franco

La historia confirmó la intuición y la voluntad de los españoles tras la muerte de Franco. En un tiempo que sorprendió al mundo, pero menos a los españoles, los restos de la dictadura se disolvieron y saldaron para dar lugar de forma notablemente pacífica a un régimen democrático estable. Fue así porque así lo quisieron los protagonistas y porque ese cambio se venía preparando desde tiempo atrás en muy diversos ámbitos, también en el político.

El franquismo aparecía entonces, en primer lugar, como una etapa superada. Un tiempo de especiales circunstancias políticas, nacido de la más dura ruptura vivida por España en muchos siglos, que se aspiraba a dar por liquidado. La demostración más clara de que las cosas eran así fue el masivo apoyo recibido por el proyecto de Ley para la Reforma Política que sometió a referéndum el gobierno Suárez en 1976. Con una participación del 77,4 por ciento, el sí recogió un 94 por ciento de los votos. Es decir, un apoyo abrumador.

Esto significaba que la mayor parte de los españoles no querían la ruptura con el régimen, como pretendió la izquierda radical, que hizo campaña por la abstención o por la desobediencia civil, cuando no por el terrorismo. Significó que se aceptaba la superación del franquismo hecha desde sus propias leyes para construir una democracia, con el Rey a la cabeza del proceso, y con un anhelo de reconciliación nacional evidente. Lo que nadie deseaba era un nuevo enfrentamiento.

En segundo lugar el franquismo no era añorado. Sólo unos pocos nostálgicos nutrieron las filas de la extrema derecha que en algún momento recurrió también a acciones terroristas o al

uso de la violencia. Pero eran claramente residuales, sólo consiguieron un puesto en el parlamento en una ocasión. Estaba claro el despegue que merecía la memoria inmovilista. Al contrario, las medidas tendentes a la rehabilitación de quienes habían combatido en el otro bando en la Guerra Civil, como el reconocimiento de sus méritos, derecho a pensiones, etc., fue abordada por los gobiernos de la UCD y recibida como un hecho coherente con la reconciliación que se pretendía.

El intento de golpe de Estado de febrero de 1981 pareció sellar cualquier intento involucionista en el imaginario colectivo. Pensar en una nueva dictadura militar o en una limitación de las libertades como solución no entraba ya en los planes de casi nadie en España, y quienes lo intentaron debieron pagar por su equivocación. A partir de entonces las cosas quedaron todavía más claras al respecto, y con la llegada de los socialistas al poder casi dos años más tarde pareció confirmarse la superación de la larga etapa política vivida a la sombra de la guerra civil.

Sin embargo, años más tarde el franquismo volvió a cobrar protagonismo en el debate político. Influyeron en ello dos factores. En primer lugar la victoria de la derecha, del Partido Popular, en las elecciones de 1996. El hecho colocó en el poder a quienes, según algunos, eran «los herederos» del franquismo. Un sector de la izquierda comenzó a emplear ese razonamiento como argumento en su oposición al gobierno, apoyándose en hechos como que Manuel Fraga, ex ministro de Franco, fuera el presidente de honor del Partido Popular. El franquismo comenzó a tener así vitola de arma de combate político a finales de los años noventa. Fue presentado entonces como el estigma que permitía afirmar que la derecha nunca debería tener derecho a gobernar España.

Un segundo factor que contribuyó a recuperar el franquismo como argumento fue la propia crisis interna que vivió la izquierda como consecuencia de la caída del comunismo y la desaparición de las dictaduras socialistas en Europa. En algu-

nos países, como Italia, esto supuso un auténtico terremoto político que condujo incluso a la desaparición del partido comunista que debió, al menos, cambiar de nombre. En España esto no sucedió, el Partido Comunista sigue existiendo, en parte gracias al prestigio que le daba su militancia antifranquista. Pero la debacle del modelo socialista real condujo, a mediados de los años noventa, a una nueva deriva de denuncia de las dictaduras de derecha por parte de los grupos de izquierda. Ahí encajaba bien la denuncia del franquismo y de la represión que había generado, y algunos movimientos comenzaron a hacer bandera de ese argumento.

Ese intento fue minoritario hasta que desde el Partido Socialista se intentó colonizar ese sector de la izquierda asumiendo el recuerdo de la Guerra Civil como argumento político. Lo hizo José Luis Rodríguez Zapatero a partir de 2004, con notable éxito que llega hasta nuestros días, cuando él se prepara para dejar el gobierno. Pero eso ya no es historia, es más bien actualidad, y por eso me van a permitir que detenga aquí mi relato.

## 5. Conclusiones

Este apresurado repaso a la imagen del franquismo en España obliga a concluir que si el régimen cambió mucho a lo largo del tiempo su imagen lo ha hecho todavía más. De movimiento salvador de la patria, admitido como tal de forma mayoritaria, abrumadoramente, se ha pasado a considerarlo una época de ejercicio ilegítimo del poder, dictadura sanguinaria y hasta criminal, acreedora de ser borrada de la historia.

Además de lo que esas imágenes dicen del franquismo, merece consideración lo que nos enseñan acerca de la opinión española. No parece que podamos decir que el nuestro sea un país amigo del debate, la confrontación y el razonamiento público. Más bien parece que nos gusta el escarnio del que piensa

distinto y la exhibición del triunfo de la propia opinión siempre que sea triunfante. España parece ser un país de opinión de ganadores, donde pocas veces se comparece al debate para comparar lo propio y lo ajeno y menos para aprender de la otra parte. Eso explicaría la impresionante fuerza que tienen los movimientos pendulares en nuestra cultura.

La herida de la Guerra Civil supone, por eso, un tremendo desafío, y la del régimen nacido de ella otro quizá menor pero no menos importante. En mi opinión la comprensión histórica solo es posible cuando deseamos asumir todas las tradiciones, reconocer como propio todo nuestro pasado, porque lo es. Al contrario de lo que afirman las ideologías, lo que ha sucedido no puede borrarse, es un hecho, y debe ser considerado para su rectificación o ratificación, pero no puede negarse. Somos descendientes de españoles que hicieron la Monarquía y de españoles que la deshicieron, de españoles que hicieron la Segunda República y la deshicieron, de compatriotas que hicieron el Franquismo y se opusieron a él, de connacionales que hicieron la Transición y de los que atentaron contra ella. Comprender la historia de España es comprenderlos a todos ellos, y reconocerlos legatarios suyos.

La comprensión de la dramática Guerra Civil de 1936-1939 y del régimen de Franco exigirán que les dediquemos tiempo, sosegadamente, con afán de comprender. Hace unos meses, en un debate académico, hablamos de estos temas durante más de una hora. Alguien comentó al final que le admiraba que hubiéramos sido capaces de hacerlo sin tirarnos los trastos a la cabeza. Para los que nos dedicamos a tareas intelectuales y relacionadas con la historia contemporánea un comentario como ese es un desafío, porque de eso se trata, justamente, de hablar de estos asuntos, desde puntos de vista diferentes, pero sin perder la compostura que permite valorar la exposición de todas las opiniones, hasta quedarse con las mejor fundadas y desechar las que no se sostienen.

Personalmente me he ido convenciendo de que los elementos que más perturban nuestra idea de la guerra y el Franquismo son dos. En primer lugar la proyección de la Segunda Guerra Mundial sobre la Guerra Civil, como si la española fuera un anticipo de la mundial, algo que no es exacto. Lo que es más grave, suele trasladarse a la nuestra la idea de que todo el bien estaba en un bando y todo el mal en el otro. En el debate que antes mencionaba alguien dijo que hasta que no seamos capaces de hacer como John Ford en *The Searchers*, *Centauros del desierto* como se conoció en España, que un vencido de la guerra civil fuera el héroe de una película que gustara a todos, no habríamos superado la Guerra Civil. En esto hubo un acuerdo general. Pero alguien puso una objeción interesante: «El problema es que la Guerra Civil americana la ganaron los buenos y la española los malos.» Ese es uno de los núcleos del problema, no advertir la falacia histórica que se esconde tras ese cliché, nacido del triunfo cultural de los vencidos de la Guerra Civil, fundamentado en cómo presentó la propaganda aliada a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, y en la identificación de los vencidos de la española con los vencedores de la mundial. Ese será uno de nuestros desafíos en los próximos veinte años.

El otro problema es más doméstico, tiene que ver con la evocación de la guerra y el Franquismo como forma de insulto político entre los españoles. Mientras eso no se supere, es difícil que podamos estudiar con buen tino estos asuntos.

Puede ser que necesitemos, además de una buena capacidad de raciocinio, inspirarnos en la traducción hispanoamericana del título de *The Searchers: Más corazón que odio*. A lo mejor ese es el camino.

Espero que el relato que he propuesto, inevitablemente limitado, pueda servir para animar en esa tarea y para enmarcar una reflexión que ayude a clarificar un poco más el fondo histórico de la imagen que el mundo audiovisual ha dado de esos largos años del nuestro siglo xx.